

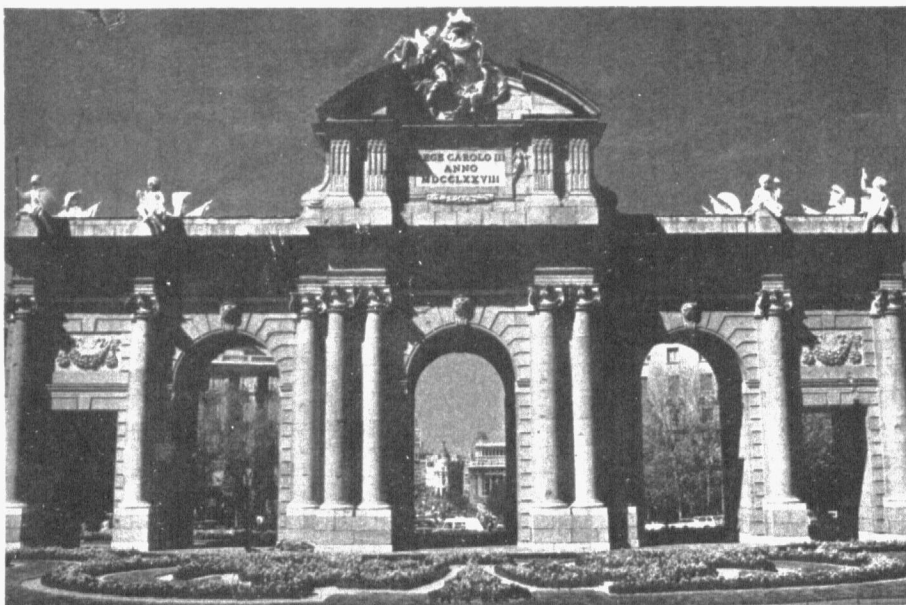
Bicentenario de la Puerta de Alcalá

por Rufo Gamazo Rico (1)

En la última otoñada la Puerta de Alcalá ha cumplido doscientos años. Desde su nacimiento en 1778, ha sido la más famosa de las dieciseis puertas de la Villa, que tan puntualmente anotara el cronista don Ramón de Mesonero Romanos: "Tiene Madrid cinco puertas reales, a saber: las de Alcalá, Atocha, Toledo, Segovia y Bilbao (los Pozos); y once puertas de segundo orden o portillos, a saber: Recoletos, Santa Bárbara, Santo Domingo (Fuencarral), Conde-Duque, San Bernardino, San Vicente, la Vega, las Vistillas, Gil Imon, Embajadores y Valencia". Y entre todas ellas, "la primera de su clase en Madrid", la de Alcalá, ostenta con mérito el madrileñismo más significativo y radical. Fue construida gracias a los dineros del Ayuntamiento que, cuando nadie tenía un real que anticipar, adelantó dos millones hipotecando el arbitrio sobre las tabernas (ciertamente no se amasó con vino como el célebre Arco del Reloj de Toro, pero pudo levantarse merced al concurso involuntario de los bebedores de vino); madrileños eran los artesanos de variados oficios que trabajaron en la regia obra; aunque evidentemente italiana en su traza, la Puerta se muestra con el señorial empaque, la elegante distinción y la campechana simplicidad de lo madrileño, condición esta última que le hace ofrecer su cara principal al forastero que llega y su otra cara, sencilla y menos decorativa, a los moradores de la Villa. La Puerta de Alcalá es, por todo ello, el monumento más representativo de Madrid, su símbolo más univer-

(1) Director de la Revista "Villa de Madrid".

salmente conocido, el más retratado, el que con absoluta preferencia sobre otros nobles exponentes artísticos de la capital de España se repite en libros, folletos, guías turísticas, tarjetas y carteles de tema madrileño. "La universalización de Madrid la preside la Puerta de Alcalá", afirmó rotundamente Basterra, otro de los grandes Ramones que escribieron sobre Madrid.

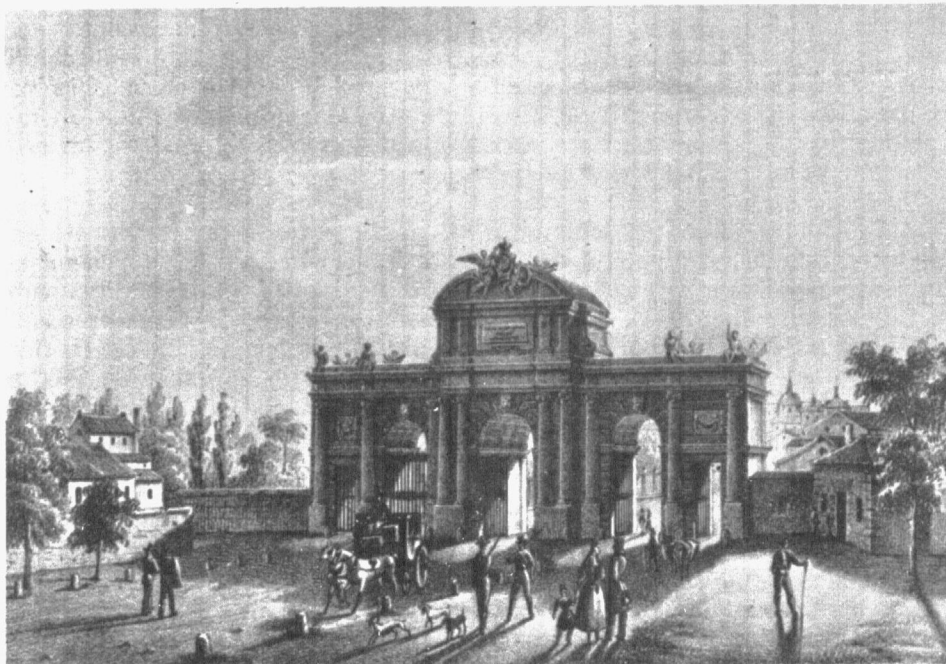


La Puerta de Alcalá en su estado actual

Es la Puerta de Alcalá un elegante monumento de carácter civil. No fue levantada para perpetuar la gloria de un singular hecho bélico ni en honor de un afortunado guerrero; no es arco de victoria, es puerta de paz. Triunfante había sido el regreso del madrileño Carlos III; pacífica, jubilosa y esperanzadora su entrada oficial en la capital de sus Estados, en el verano de 1760. En artística carroza paseó su rostro bonachón, feo, enigmático, bajo los suntuosos arcos triunfales realizados según diseños de Ventura Rodríguez. En tan solemne ocasión, muy modesta y mezquina debió parecer al Rey, a la Corte y al pueblo, la primitiva Puerta de Alcalá: un breve arco entre dos pequeñas torres. Había sido levantada en 1599, por orden de Felipe III, para recibir a la Reina Margarita. Menguada y ruin puerta para la entrada de un Rey que llegaba de la Italia de los incontables monumentos grandiosos y que, acaso en el mismo día que la franqueó, se propuso sustituirla por un soberbio arco de triunfo, en el que el pueblo podría expresar su gratitud al soberano que acertó a decir todo su amor a Madrid con obras duraderas y de enorme trascendencia.

En un noble empeño de hacer de Madrid una ciudad y de los madrileños "cives" ejemplares, Carlos III promocionó el urbanismo y

la urbanidad, los estudios y las artes, la convivencia y las sociedades de fomento de la cultura, la economía y la beneficencia. Parece como si hubiera sido su lema el aforismo griego "la paz alimento de las artes"; porque en la paz que ambicionó en todo momento y no siempre consiguió mantener, pudo permitirse el gozo incomparable de crear en



La Puerta de Alcalá, en 1835 (Dibujo de Avrial)

su Madrid obras excelsas cuyos nombres deberían figurar, como títulos de gloria, en las columnas de su Arco, la Puerta de Alcalá. Así, en una de las columnas, la relación de los edificios: la Casa de Correos, Aduana, Museo de Pinturas, Observatorio Astronómico, Jardín Botánico, Hospital General, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, puertas de Alcalá y de San Vicente, templos de San Francisco el Grande y de Caballero de Gracia... En otra columna, las fundaciones que revelan el espíritu de creación y organización de Carlos III y de los hombres por él elegidos para su obra de gobierno: Sociedad Económica de Amigos del País, Seminario de Nobles, Escuelas Pías, Imprenta Nacional, Real Colegio de Veterinaria, Reales Fábricas de Tapices y de Porcelanas, y (manifestación genial del carácter paradójico de este Rey) el Banco de San Luis y la Lotería. Obras de urbanización, en otra de las columnas: creación del Paseo y del Salón del Prado con su hermosa teoría de fuentes presididas por Apolo y la Cibeles; empedrado de las calles más importantes, servicio de limpiezas, gran colector desde el Prado hasta el río, ampliación y embellecimiento de los Paseos de las Delicias y la Florida... No serían suficientes las columnas

de la gran Puerta para una lista exhaustiva de las obras operadas en Madrid por su mejor Alcalde, quien tuvo la fortuna de contar con hombres de Gobierno de la talla de Grimaldi, Aranda, Floridablanca y con arquitectos como Ventura Rodríguez, Francisco Sabatini, Juan de Villanueva, Marquet y Pascual de Mena. Ciertamente que la obra de Carlos III no empezaba "ex nihilo" puesto que tenía el magnífico precedente logrado por la conjugación de los esfuerzos de un magnífico regidor madrileño, el Marqués de Vadillo, y de un gran arquitecto, Pedro de Ribera; pero también es cierto que la excepcional realización urbanística de Carlos III se adelantó en muchos años a la obra de Haussmann, lo mismo que la Puerta de Alcalá —que significaba un renacimiento de los clásicos arcos de triunfo— es muy anterior a las erigidas en otras capitales europeas y que gozan de notoriedad.

Dieciocho años transcurrieron desde la entrada de Carlos III en Madrid hasta la terminación de la nueva Puerta de Alcalá. La vieja había sido derribada en 1764, dejando un sitio que más tarde ocupara la Cibeles. En mayo de 1769, se anunciaba en los lugares más frecuentados de la Villa el concurso de las obras "de excavaciones, fábrica de mampostería de pedernal y las otras clases de cantería de Piedra Berroqueña, Blanca de Colmenar, con lo demás que se ofrezca y sea necesario para la Nueva Puerta de Alcalá...". Se habían desechado los cinco proyectos de arco presentados por Ventura Rodríguez y aceptado los diseños de Francisco Sabatini a quien se confiaba la total dirección de los trabajos. El siciliano, pronto madrileñizado, le ganó la partida a nuestro gran arquitecto, porque, tocado sin duda de la fuerza del genio, fue siempre favorecido por la suerte. En Madrid alcanzó rápida e incesantemente altos cargos y honores por la Gracia del Rey "de manera que —según apunta Cea Bermúdez— fue el profesor más condecorado que se ha conocido en Europa y en la Historia Moderna de la Arquitectura". En efecto, Francisco Sabatini fue de ascenso en ascenso hasta escalar el más alto grado militar: Teniente Coronel en 1763, fue pasando vertiginosamente por los mandos del Ejército y en 1781, Mariscal de Campo; poco más tarde, Teniente General, Comandante e Inspector de Ingenieros y Consejero nato del Consejo Superior de Guerra. Al mismo tiempo fue alcanzando los honores y nombramientos de Caballero de la Orden de Santiago, Gentilhombre de Cámara, Académico de Honor y mérito de San Fernando y Director de la Real Fábrica de Tapices. Preocupado, hasta el escrúpulo, por la obra bien hecha, era diligente en extremo, cuidadoso de los detalles, exigente en el trabajo, buen jefe de equipo. En las bases que redactara para la ejecución de los trabajos de la Puerta de Alcalá, no deja cabo por atar ni opción a las improvisaciones.

Llegado el momento de decir cómo es la Puerta de Alcalá, se nos ocurre que no podemos caer en la pedantería de intentar una nueva descripción, cuando todas las conocidas repiten, con absoluta lógica, los mismos conceptos. En gracia a su brevedad y a la galanura de su estilo, nos permitimos reproducir estas palabras de otro eximio cronista, Pedro de Répide: "Es de granito, con cinco entradas; las tres cen-

trales, de medio punto y mayor elevación que las de los extremos. En la parte que miraba al campo, decoran este monumento diez columnas con capiteles jónicos modelados por los que dibujó Miguel Angel para el Capitolio de Roma, donde no se llegaron a poner, y a esas columnas corresponden unas pilastras por la parte del arco que daba al interior de la Villa. Las cabezas de los leones en las claves de los arcos mayores, y las cornucopias cruzadas en los recuadros sobre las puertas pequeñas, son obra de Roberto Michel, y el escudo de las Armas reales sostenido por una fama y un genio, que corona el ático, es de Francisco Gutiérrez, así como los niños y trofeos que decoran el resto de la línea superior. Estas esculturas de piedra caliza de Colmenar, sobre el fondo de la berroqueña, son de un efecto muy bello...".

Podría decirse que la Puerta de Alcalá tiene la sólida impavidez del puente en medio del fluir cambiante de la calle. Firme en sus cinco arcos, ha visto cómo se trastocaba su entorno; a su alrededor se formó una plaza a la que se dio el nombre de más altas resonancias patrióticas —Plaza de la Independencia— y a la que confluían nueve calles; un día, otra noble puerta, procedente del Casino de la Reina, se instalaba a la entrada del Retiro; a un lado y otro de la calle de Alcalá, fueron surgiendo suntuosos edificios y, como una lanza, sobre la propia cresta del arco central asomó —“nadie supo como fue”— la esbelta silueta de la Torre de Valencia.

Puerta de paso —“Páseme, si-páseme, ya”— de los carros que aseguraban el abastecimiento de la Villa; de los rebaños de la Mesta por la cañada que, a ambos lados del Monumento, ahora señalan dos mojones; de los soldados —“ya se van los quintos, madre — por la Puerta de Alcalá”—; de las tropas del General Ricardos a la guerra del Rosellón; de los invasores de Napoleón; del triunfante General O'Donnell... de la grande y pequeña historia de Madrid, Villa y Capital. Hoy añade a su belleza, el gozo de lo inútil: ni puerta de entrada, ni arco de paso; sólo monumento en medio de la plaza, esperando cada año que revienten los tulipanes. Madrid se quedó sin puertas, porque quiso abrirse a su hospitalidad sin límites, a la cordialidad universal. Nos lo recuerda José García Nieto en su bellísima oda “Luz y sombra de la Puerta de Alcalá”:

Por donde un día entraron los capitanes
un coro de silencios deshace el viento
y se alzan en la hierba los tulipanes.

¡Ay Madrid, tan abierto, quién te cerrara;
Quién diera a tu cintura guirnalda cierta,
Quién fuera cerca y ritmo que te abrazara...!
Madrid, sean mis brazos como esta puerta.